

Palabra del Señor

**Lectura del Evangelio y reflexión diaria
para los cofrades leoneses**

Cuaresma y Semana Santa de 2005

Presentación

Después de mucho esperar, por fin estamos en Cuaresma. A partir de ahora apuramos la preparación de las procesiones con la celebración de un aluvión de actos cofrades, carteles, revistas, conciertos...

Y aunque, en realidad, sea lo que deseamos en mayor medida, no debemos olvidar que la Cuaresma –y la Semana Santa– es mucho más que un puñado de publicaciones y unas cuantas marchas.

Es la Cuaresma tiempo de preparación, de que debemos hacer penitencia, de que recordemos que Cristo ayunó durante cuarenta días en el desierto. Por eso no debemos olvidar lo que manda la Iglesia de la que, como cofrades, formamos parte.

Desde La Horqueta Digital hemos querido contribuir –con nuestros humildes medios– a esta preparación que desembocará en la Resurrección del Señor, centro de nuestra fe. La lectura del Evangelio y una breve reflexión al mismo, especialmente orientada hacia nosotros, los cofrades, nos irá marcando el camino hacia una Semana Santa que cada vez está más cerca.

Argimiro Alonso González, José Alonso Martínez, Félix Alvarado Canal, Teodomiro Álvarez García, Telmo Díez Villarroel, Enrique García Centeno y Patricio Luengos Santamaría –citados por estricto orden alfabético–, todos ellos sacerdotes de la Diócesis de León y buenos conocedores de la realidad cofrade en la capital del Viejo Reino, han sido los autores de los textos que acompañan al Evangelio.

Preparémonos, pues, para la celebración de la Semana Santa, para acompañar a Cristo en su Pasión, Muerte y Resurrección; pero no nos quedemos exclusivamente en imágenes, tronos y bandas. Debemos ir más allá y penetrar en la esencia de la Semana Santa, en la esencia de nuestra fe como cofrades.

Sigamos, para ello, las indicaciones de Jesús, la *Palabra del Señor*.

La Horqueta Digital

Miércoles, 9 de febrero de 2005. Miércoles de Ceniza*Mt 6, 1-6. 16-18*

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos, de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

Hoy comenzamos la Cuaresma. Es tiempo de gracia y de perdón por parte de Dios. Es tiempo de conversión y de cambio de vida por parte nuestra. Los cristianos buscamos una renovación seria de nuestra conducta para acercarnos más a Dios en un mundo que se está olvidando de Él.

Cristo nos habla de un medio necesario para vivir la Cuaresma: entrar en nuestro interior para escuchar lo que Dios nos dice en el silencio del corazón.

Leer y meditar el Evangelio es un buen programa para ello.

Jueves, 10 de febrero de 2005*Lc 9, 22-25*

Dijo Jesús a sus discípulos: "El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día". Y, dirigiéndose a todos, dijo: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De

qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?”.

Ignacio de Loyola estaba iniciando la compañía de Jesús. Un día hablaba con Francisco Javier, un joven navarro, estudiante en la Sorbona de París y con un porvenir brillantísimo, dado su talento y sus cualidades. Ignacio le recordó estas palabras del Evangelio: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?”. Javier comenzó a pensar en esas palabras de Jesús, que fueron haciendo mella en su interior y cambió de proyecto: se hizo sacerdote y misionero en los países más difíciles de entonces: India y Japón. Desgastó su vida por amor a Cristo y a los hermanos.

Emplear la vida en hacer el bien a los demás, bello ideal.

Viernes, 11 de febrero de 2005

Mt 9, 14-15

Se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: “¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?”. Jesús les dijo: “¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán”.

Jesucristo es “Dios con nosotros”. No ha venido a imponernos unas prácticas de la religión judía, como el ayuno.

Jesucristo es la presencia viva y actuante de Dios que viene a dar sentido pleno a las realidades del hombre: la religión, el trabajo, la familia, los problemas, la alegría y el dolor, todas las situaciones de la vida.

Cristo es el Dios que perdona, que anima y sostiene, que da libertad y esperanza cierta de felicidad. Cristo es el Dios que nos ama entrañablemente. No podemos estar tristes. Él nos asegura: Yo estaré con vosotros siempre.

Sábado, 12 de febrero de 2005

Lc 5, 27-32

Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y

estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: "¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?". Jesús les replicó: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan".

Puedo ser un pecador, una persona de vida desordenada. Puedo estar sirviendo al dios dinero, puedo estar dominado por el consumismo y haber olvidado los valores más nobles como la justicia, la solidaridad, la rectitud de corazón, la sinceridad, la fraternidad. Puedo tener una religiosidad vacía de todo compromiso.

Hoy Cristo sale a mi encuentro y me dice como a Leví: ¡Sígueme!
¡Cambia de vida!

Yo me siento sin fuerzas para cambiar, pero Jesús me dice: Yo, como Dios quiero perdonarte, como médico divino quiero sanarte y ayudarte. Y como creo en su palabra, empiezo a cambiar.

Domingo, 13 de febrero de 2005

Mt 4, 1-11

Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes". Pero Él contestó, diciendo: "Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"". Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice: "Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Encargaré a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras"". Jesús le dijo: "También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"". Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo: "Todo esto te daré, si te postras y me adoras". Entonces le dijo Jesús: "Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás, y a Él sólo darás culto"". Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían.

Las tentaciones. Todos sentimos las tentaciones. Hay muchas cosas en la vida terrena que nos empujan al mal, que nos incitan a separarnos de Dios, a abandonarle. Muchas cosas nos impulsan a separarnos de los hermanos, a menospreciarles, a causarles algún daño. Muchas cosas tienden a arruinar nuestra libertad y nuestra

dignidad de personas y de hijos de Dios. Tienta el dinero, el placer, la soberbia.

Cristo está con nosotros siempre, también en el momento de la tentación y de cualquier otro peligro. Pero hace falta que creamos en su presencia, que estemos seguros de que nos escucha, que le llamemos en nuestra ayuda y nos comprometamos a ser más responsables.

Lunes, 14 de febrero de 2005

Lc 10, 1-9

Designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir Él. Y les decía: "La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". Y, si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el reino de Dios"".

¿Quieres hacer el bien a los otros? Cristo te ha elegido como a aquel grupo de discípulos para dar a conocer lo que es el cristiano, el hombre nuevo.

No tengas miedo de aparecer como una persona digna por tu modo de hablar, por tu responsabilidad en el trabajo, por tu amor en la familia, por tu respeto a los demás, por tu inclinación al perdón, por tu colaboración al bien común.

Con la influencia del buen ejemplo estás haciendo el bien a los hermanos. Nunca seas elemento de discordia, al contrario, sé siempre instrumento de reconciliación y de paz.

Martes, 15 de febrero de 2005

Mt 6, 7-15

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho

les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: **Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno.** Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas”.

El PADRE NUESTRO es la oración que nos enseñó Jesús, el Hijo de Dios. En ella están expresados los sentimientos, a la vez sencillos y sublimes, del hombre hacia Dios Padre, que cuida y ama a sus hijos. Es una fuente inagotable para el orar cristiano, su riqueza dará siempre sentido nuevo a nuestra relación con Dios.

Pedimos que el mundo entero conozca a Dios Padre bueno y salvador de todos; que el Reino de Cristo, la justicia y la paz, el perdón y la fraternidad, invadan el corazón de todos los hombres. Que descubramos en el amor a Dios y a los hermanos el sentido de la vida y el camino de la felicidad.

¿Rezamos así el Padre nuestro cada día?

Miércoles, 16 de febrero de 2005

Lc 11, 29-32

La gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: “Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás”.

Jesús es el Mesías, el Enviado de Dios, que nos llama a la conversión. Es el único Salvador. Muchos nos ofrecen el remedio de nuestros males y la solución a nuestros problemas. Sólo Cristo es el Salvador. Él proclama el Evangelio que orienta la vida. Él hace siempre el bien.

Él, por amor a nosotros, muere en la Cruz para perdonarnos. Él resucita para que nosotros vivamos siempre.

Seguir a Cristo, tratar de vivir como Él nos dice, creer que Él es nuestro Dios y señor, nos va llenando a la salvación.

Jueves, 17 de febrero de 2005

Mt 7, 7-12

Dijo Jesús a sus discípulos: "Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la Ley y los profetas".

Precioso mensaje el del Evangelio de hoy. Necesitamos confianza sin límites en Dios, que es Padre, lleno de bondad y misericordia.

Son muchas las necesidades que tenemos: necesitamos paz, capacidad de perdonar, capacidad de arrepentirnos, capacidad de vivir la religión con más responsabilidad, capacidad de construir la fraternidad, un mayor espíritu de servicio ...

Todas estas capacidades tenemos que buscarlas en nuestra oración a Dios. Si lo pedimos, lo tendremos, porque Cristo ha empeñado su palabra.

Viernes, 18 de febrero de 2005

Mt 5, 20-26

Dijo Jesús a sus discípulos: "Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás", y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito,

procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto”.

El Evangelio de Jesús nos lleva a ir entendiendo el contenido amplio y liberador de los mandamientos de Dios y a ir viviendo la verdad y la bondad que encierra su mensaje.

El evangelio me ha de ayudar a progresar en la vida cristiana de modo que, de alguna forma, me parezca a mi Maestro en el estilo de vida. Por eso no podemos contentarnos con cumplir la letra de la Ley de Dios: no matarás.

Cuando vamos progresando en ese modo de comportarnos con nuestro prójimo, Dios escucha nuestra oración, acepta nuestra ofrenda y nos hace sentir que somos hijos suyos.

Sábado, 19 de febrero de 2005

Mt 5, 43-48

Dijo Jesús a sus discípulos: “Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”.

“Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen”. Estas palabras son una prueba clara de que el cristianismo es la única religión verdadera. Ninguna religión manda esto, porque ninguna religión ha descubierto a Dios como es.

No podemos conocer al Dios único y verdadero si Él no se nos manifiesta. Y nuestro Dios se ha manifestado a través de Cristo.

Jesús nos dice que Dios ama a todos, incluso a los que le aborrecen o le olvidan. Les ama, no a pesar de que sean así, sino porque necesitan el perdón y la salvación.

Así nosotros, tenemos que perdonar y amar a los que nos hacen mal para parecernos a Dios, para vivir la reconciliación y la fraternidad, para sentir el gozo de nuestro Padre.

Domingo, 20 de febrero de 2005

Mt 17, 1-9

Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: "Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo". Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: "Levantaos, no temáis". Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: "No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos".

Al escuchar el relato de la Transfiguración, hemos podido sentir envidia de los tres apóstoles afortunados, Pedro, Santiago y Juan. Fue un regalo por seguir a Jesús, a pesar de sus torpezas; y un premio, por adelantado, porque un día, como Jesús, subirían a la Jerusalén de su sacrificio y de su muerte.

Ser cofrade, en tu caso, exige de ti subir a la Jerusalén de tu entrega diaria en el cumplimiento de tu deber, hasta llegar a la Jerusalén celestial.

Hoy sigue hablándonos Dios. Hace falta guardar silencio en nuestro interior y tratar de escucharle. Nos habla a través de los acontecimientos que nos traen momentos de alegría y de dolor. Hay que saber interpretar, a la luz de la fe, la alegría y el dolor de cada acontecimiento. Hay que escuchar su palabra, hay que orar esa palabra y hacer lo que nos inspire. Hay que aceptar la cruz de cada día para llegar a la gloria.

Lunes, 21 de febrero de 2005

Lc 6, 36-38

Dijo Jesús a sus discípulos: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros".

Cuando a un hijo se le aconseja que procure ser como su padre se le está indicando que su padre es un buen modelo digno de ser imitado.

Jesús nos dice a todos que seamos compasivos como nuestro Padre. Él no juzga, no condena, perdona siempre...

Jesús es el primero en imitar a su Padre. El Evangelio está lleno de ejemplos: Al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, "como ovejas que no tienen pastor": Mt 9, 36... "Me da lástima de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer": Mt 15, 32... La gente tiene confianza en la compasión de Jesús. "Ten compasión de nosotros, Hijo de David" le dicen dos ciegos: Mt 9, 27...

La compasión que espera Jesús de nosotros es la que manifestamos cuando salimos al encuentro del que sufre, del marginado, del emigrante, del que se declara enemigo nuestro para perdonarle. Este tipo de obras son las procesiones que más le gustan al Señor.

Martes, 22 de febrero de 2005

Mt 16, 13-19

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?". Ellos contestaron: "Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas". Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decías que soy yo?". Simón Pedro tomó la palabra y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús le respondió: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo". Y les mandó a sus discípulos que no dijesen a nadie que él era el Mesías.

¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

La gente ha escuchado a Jesús, ha sido testigo de sus obras, de sus milagros, le han admirado: "Nadie ha hablado como este hombre". Y sin embargo, nadie sabe quién es Jesús, ni siquiera sus discípulos. Sólo Pedro se hace eco de la revelación del Padre y dice: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Pero esta respuesta, a pesar de la revelación, es incompleta. Pedro confiesa la medianidad de Jesús, pero no la divinidad. No llega a decir: Tú eres la segunda persona de la Santísima Trinidad. ¿Qué contestarían hoy muchos cristianos?, ¿y los cofrades?

Miércoles, 23 de febrero de 2005

Mt 20, 17-28

Mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: "Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará". Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: "¿Qué deseas?". Ella contestó: "Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda". Pero Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?". Contestaron: "Lo somos". Él les dijo: "Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre". Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos".

¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber? El cáliz que deseaban beber los Zebedeos y el resto de los discípulos era el cáliz de las mieles del poder. A la vista de sus ambiciones, no nos extraña que no puedan entender que para ser grandes hay que servir, y para ser los primeros, hay que ser esclavos. Por eso, no aceptan que Jesús venga a servir y a dar la vida en rescate por muchos.

¿Somos distintos los que nos llamamos cristianos? ¿Qué decir de los que tratan de medrar a costa, incluso, de humillar a los demás? Hay

papones que caminan descalzos en las procesiones. ¡Qué hermoso desfilan todos descalzos de ambición!

Los discípulos de Jesús fueron capaces, al fin, de beber del cáliz de Jesús. Terminaron por convertirse. Ese ha de ser nuestro reto.

Jueves, 24 de febrero de 2005

Lc 16, 19-31

Dijo Jesús a los fariseos: "Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas". Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros". El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento". Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen". El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto".

Está claro que el tener puede ahogar el ser. El rico Epulón tenía muchas cosas, pero había perdido la conciencia, la sensibilidad del corazón. Era incapaz de apiadarse del pobre que tenía delante, ni siquiera le veía. Piensa que es justo, porque observa las leyes de la sociedad en que vive, pero no escucha su corazón, ni el grito de los corazones de los demás. Algo parecido nos puede suceder a nosotros, podemos ser presa del tener, y aparecer como religiosos unas horas o unos días, olvidándonos de Dios y del prójimo el resto del año. Consentimos que sean los perros los que se acerquen a lamer las llagas del hermano que sufre, mientras nosotros permanecemos indiferentes ante el dolor ajeno.

Viernes, 25 de febrero de 2005*Mt 21, 33-43. 45-46*

Dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: "Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores, para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: "Tendrán respeto a mi hijo". Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: "Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia". Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?". Le contestaron: "Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos". Y Jesús les dice: "¿No habéis leído nunca en la Escritura: "La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente"? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de los cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos". Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente que lo tenía por profeta.

El pueblo de Israel, con sus infidelidades, "agota" la paciencia de Dios, y Dios se ve obligado a elegir un nuevo pueblo. La Iglesia es el nuevo Israel espiritual elegido y formado por Dios, al que dará nuevos arrendatarios, nuevos dirigentes. Estos nuevos arrendatarios han de trabajar su viña, sin considerarse dueños, han de ser servidores de todos y no pueden excluir a nadie que esté dispuesto a trabajar en la viña del Señor. Cuando llegue el momento de la vendimia han de entregar los frutos al Señor: el amor cosechado, el perdón derramado, la fidelidad practicada, la acogida ofrecida al que llama a nuestra puerta... Y esa entrega ha de hacerse sin el menor atisbo de vanidad, sin engreírnos, sin presumir de nuestro trabajo, sin compararnos con los demás, reconociendo que somos siervos inútiles.

Sábado, 26 de febrero de 2005*Lc 15, 1-3. 11-32*

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: "Ése acoge a los pecadores y come con ellos". Jesús les dijo esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado". Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo. "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

Dos personajes pródigos aparecen en la parábola, dos derrochadores: el hijo menor que derrocha todos los bienes espirituales y materiales.

Y el padre que derrocha todo su amor sobre el hijo menor, antes de marcharse y cuando regresa; y sobre el hijo mayor cuando el hermano pequeño vuelve.

Jesús nos dice que así es Dios. Nos acoge siempre y nos perdona, por muy grandes que sean nuestros pecados.

Todos somos pecadores. Pensar lo contrario sería mentir como nos dice San Juan. La medida de nuestro pecado sólo Dios la conoce. El hijo mayor de la parábola pensaba que él no era pecador, porque no se había ido de casa. Su pecado consiste en "que no se siente de casa", no se siente hijo, ni hermano. Este puede ser el pecado de muchos: no sentirnos hijos de Dios, ni hermanos de nuestros hermanos.

Domingo, 27 de febrero de 2005

Jn 4, 5-42

Llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor de mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: "Dame de beber". Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?". Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva". La mujer le dice: "Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?". Jesús le contestó: "El que bebe de esta agua vuelve a tener sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna". La mujer le dice: "Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla". Él le dice: "Anda, llama a tu marido y vuelve". La mujer le contesta: "No tengo marido". Jesús le dice: "Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad". La mujer le dice: "Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén". Jesús le dice: "Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran

dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad". La mujer le dice: "Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo". Jesús le dice: "Soy yo, el que habla contigo". En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: "¿Qué le preguntas o de qué le hablas?". La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y le dijo a la gente: "Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será éste el Mesías?". Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba Él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: "Maestro, come". Él les dijo: "Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis". Los discípulos comentaban entre ellos: "¿Le habrá traído alguien de comer?". Jesús les dice: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogéis el fruto de los sudores". En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en Él por el testimonio que había dado la mujer: "Me ha dicho todo lo que ha hecho". Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: "Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que Él es de verdad el Salvador del mundo".

Hermoso relato que sirve para una catequesis bautismal. Jesús pide de beber, como punto de partida y de diálogo con aquella mujer. Pero le ofrece un **agua viva** que produce la vida eterna, que sacia definitivamente la sed.

Cada persona podemos vernos relegados en la mujer Samaritana. También estamos envueltos en mil preocupaciones, dando excusas para no enfrentarnos con nosotros mismos y con el sentido que tiene la vida, con algunos dioses que nos cuesta dejar... El Señor por mil caminos y a través de numerosas llamadas nos va "acorrando" para llevarnos a desear ese "agua" que puede saciar nuestra sed de vida y de felicidad. Quiere provocar ese "cara a cara" con Él mismo, manifestárenos y darnos su Espíritu.

Ojalá tengamos un encuentro tan fructífero como el de la Samaritana. Es verdad que lo hemos tenido el día que nos bautizaron, pero hemos

de caer en la cuenta de ello y optar día a día por Jesucristo, llevando una vida de cristianos.

La Cuaresma pretende reavivar en nosotros aquella gracia del bautismo, para que respondamos con generosidad a los compromisos adquiridos. El Señor nos da su Espíritu, capaz de saciar nuestra sed de vida y felicidad, nuestra sed de Dios, y capaz de impulsarnos a transformar la sociedad ofreciendo, como la Samaritana, nuestra experiencia de salvados.

Lunes, 28 de febrero de 2005

Lc 4, 24-30

Dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: "Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio". Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

A veces el Evangelio de Jesús irrumpe en nuestras vidas cómodas, con mensajes y criterios que nos descolocan. Creemos que por ser cristianos de toda la vida, ya tenemos el "seguro total". Sin embargo vemos que otras personas, que creemos que son peores que nosotros, reaccionan mejor ante los dones de Dios. No podemos caer en el error de aquellos que querían quitar a Jesús de delante porque rompía sus esquemas y destruía su tranquilidad. Dios quiere a todos sin excepción. La salvación de Jesús es para todos. Nos hace falta acoger con fe el Evangelio y al mismo Jesús. La fe nos invita constantemente a salir de una vida mediocre y a entrar en esa corriente del amor de Dios demostrado en las obras.

Martes, 1 de marzo de 2005

Mt 18, 21-35

Se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?". Jesús le contesta: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta

veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo". El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?". Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano".

"Ya estoy cansado de perdonar". "Esto ya no es ser bueno, sino ser tonto". "Siempre tengo que humillarme yo". Éstas y otras expresiones responden a unas actitudes que nos convendría examinar a la luz de esta parábola del Evangelio. Perdonar no es una expresión de debilidad, sino de amor. Dios que es Amor nos perdona "setenta veces siete", o sea, siempre. Quizá nos suceda lo que al empleado primero de la parábola, es decir, que no hemos experimentado de verdad el perdón de Dios en nuestra vida. Él nos ha perdonado primero y mucho más. Y además nos educa con su Palabra y nos ayuda para que no le ofendamos. ¿Por qué no reflejar esta conducta en nuestra vida? Contamos para ello con su gracia.

Miércoles, 2 de marzo de 2005

Mt 5, 17-19

Dijo Jesús a sus discípulos: "No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos".

Estas palabras del Evangelio corresponden al Sermón de la Montaña, donde Jesús promulga la nueva Ley que quiere inscribir, no en tablas como la del A. T., sino en los corazones. El Espíritu Santo se encargará de esta tarea, transformándonos interiormente. De esta forma, veremos los mandamientos no como preceptos trasnochados, para el puro cumplimiento, sino como un regalo que Dios nos hace para llegar a él con seguridad, caminando ya como hermanos por este mundo.

Necesitamos descubrir y convertirnos al amor de Dios. Nos será después más fácil transmitirlo a los hijos, a los amigos, a los que vean...

Jueves, 3 de marzo de 2005

Lc 11, 14-23

Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: "Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios". Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama".

No es infrecuente andar en la vida con medias tintas; el compromiso serio cuesta. Esta actitud lleva a no aclararse, y a veces a equivocarse de manera flagrante. Sucede en muchos campos de la vida, y por supuesto en el del compromiso cristiano. Jesús es claro y exigente. Frente a Él no valen medias tintas. No vale seguirle por si..., o estar de acuerdo en lo que nos conviene, y rechazar lo que no interesa. Él ha vencido al mal, y nosotros, a su lado, lo venceremos. ¿Cómo podemos poner en duda que es mejor "recoger" con Cristo, que desparramar gastando inútilmente la vida?

La Cuaresma es buena ocasión para ir dejando las medias tintas y buscar seriamente al Señor que nos sale al encuentro para transformarnos.

Viernes, 4 de marzo de 2005*Mc 12, 28b-34*

Un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?". Respondió Jesús: "El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos". El escriba replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

En los tiempos de Jesús había innumerables preceptos y prescripciones que convertían la Ley en algo farragoso. El letrado pregunta a Jesús por el mandamiento principal. Jesús responde que es el amor, en sus dos vertientes: a Dios y al prójimo. No se puede prescindir de ninguna de las dos, aunque no es infrecuente que suceda.

Hoy también tenemos innumerables leyes y prescripciones, muchas necesarias, otras irán aumentando en la medida que falte el amor y esa visión cristiana de la vida. Los cristianos tendríamos que hacer nuestra, -convencidos en lo profundo de nuestro corazón-, esa reflexión que hace el letrado: *"El Señor es único y no hay otra más que Él, y hay que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios"*. ¡Convertirnos al amor: Dios nos ama, y hemos de corresponder!

Sábado, 5 de marzo de 2005*Lc 18, 9-14*

A algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este

pecador". Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla, será enaltecido".

Dos posturas ante Dios. Es muy posible que a primera vista nos veamos reflejados en la humildad del publicano; pero no hay que fiarse. Un examen más profundo de nuestro corazón puede proporcionarnos sorpresas. ¿No hay en la vida personal orgullo, exigencia a Dios, o desconcierto porque no me concede... a mí, que soy "de los suyos", con el desprecio a los demás...? Es mucho más difícil la postura del publicano que la del fariseo. Y, desde luego, lo que no hace el publicano es insultar o despreciar al fariseo. El juicio se lo deja a Dios.

Claramente nos dice Jesús cuál es la postura que salva. La del que se reconoce pecador, y confía totalmente en la misericordia de Dios, que es quien ve, no sólo las obras, sino lo profundo del corazón, de ese corazón que necesita ser convertido por el Señor.

Domingo, 6 de marzo de 2005

Jn 9, 1-41

Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: "Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?". Jesús contestó: "Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las otras de Dios. Mientras es de día, tenemos que hacer las obras del que me ha enviado; viene la noche, y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo". Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: "Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)". Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: "¿No es ése el que se sentaba a pedir?". Unos decían: "El mismo". Otros decían: "No es él, pero se le parece". Él respondía: "Soy yo". Y le preguntaban: "¿Y cómo se te han abierto los ojos?". Él contestó: "Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver". Le preguntaron: "¿Dónde está él?". Contestó: "No sé". Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: "Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo". Algunos de los fariseos comentaban: "Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado". Otros replicaban: "¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?". Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al

ciego: "Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?". Él contestó: "Que es un profeta". Pero los judíos no se creyeron que aquél había sido ciego y había recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres y le preguntaron: "¿Es este vuestro hijo, de quién decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?". Sus padres contestaron: "Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; pero como ve ahora, no lo sabemos nosotros, y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse". Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: "Ya es mayor, preguntádselo a él". Llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: "Confíesalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador". Contestó él: "Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo". Le preguntaban de nuevo: "¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?". Les contestó: "Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso; ¿para qué queréis oírlo otra vez?; ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?". Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: "Discípulo de ése lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ése no sabemos de dónde viene". Replicó él: "Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de donde viene, y sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder". Le replicaron: "Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?". Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: "¿Crees tú en el Hijo del hombre?". Él contestó: "¿Y quién es, Señor, para que crea en él?". Jesús le dijo: "Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es". Él dijo: "Creo, Señor". Y se postró ante él. Jesús añadió: "Para un juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven vean, y los que ven queden ciegos". Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: "¿También nosotros estamos ciegos?". Jesús le contestó: "Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado persiste".

El relato de la curación del ciego de nacimiento es más que un recuerdo de una actuación milagrosa de Jesús; es, sobre todo, la descripción de un camino de fe, el que recorrió aquel hombre sin luces: el ciego tuvo la buena ventura de encontrarse con Jesús y, a partir de entonces, estrenando vista, fue un hombre nuevo y un creyente nuevo; su aventura nos deja entrever qué podría significar para nosotros un simple encuentro con Cristo y, bien mirado, cuestiona toda nuestra vida cristiana, en la que, a pesar de tanto encuentro con Jesús, seguimos sin fe suficiente como para

enfrentarnos a los que no quieren creer en Él, y con demasiados miedos como para reconocer públicamente quién es nuestro Señor. Probablemente ésa es la razón por la que, a diferencia del ciego, seguimos viviendo nuestra fe en la oscuridad y no logramos sentirnos curados por Jesús, aunque sepamos que ha pasado, itantas veces ya!, a nuestro lado.

Tendríamos que preguntarnos qué nos falta a nosotros para poder ser curados de nuestros males, de nuestras cegueras.

Lunes, 7 de marzo de 2005

Jn 4, 43-54

Salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: "Un profeta no es estimado en su propia patria". Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: "Como no veis signos y prodigios, no creéis". El funcionario insiste: "Señor, baja antes de que se muera mi niño". Jesús le contesta: "Anda, tu hijo está curado". El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: "Hoy a la una lo dejó la fiebre". El padre cayó en la cuenta de que ésa era la hora cuando Jesús le había dicho: "Tu hijo está curado". Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

LA FE RENUEVA AL HOMBRE. La fe en Dios se traduce en la esperanza de un orden nuevo en el pueblo, en el que reinarán la alegría, la paz, la abundancia sin límites. Sin embargo la salvación ofrecida por Dios va más allá de lo esperado por el hombre. La salvación de Dios transforma todo: el interior y lo exterior del hombre.

Si la fuerza de Dios es capaz de renovar la creación, también la fe en Jesús es capaz de renovar la vida del hombre.

La confianza en Jesús y la aceptación de su Palabra realizarán la conversión interior del hombre.

Por eso, si la fe en Jesús arranca milagros de las manos del Señor, también produce un efecto mucho más importante: EL RENACER A UNA VIDA NUEVA, ILUMINADA POR EL EVANGELIO.

Martes, 8 de marzo de 2005

Jn 5, 1-3a. 5-16

Se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Ésta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: "¿Quieres quedar sano?". El enfermo le contestó: "Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado". Jesús le dice: "Levántate, toma tu camilla y echa a andar". Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: "Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla". Él les contestó: "El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar". Ellos le preguntaron: "¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?". Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: "Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor". Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

EL AGUA ES SIGNO DE VIDA Y LA FE FUENTE DE SALVACIÓN. El agua, muy escasa en las zonas desérticas en las que se movía el pueblo de Israel, era considerada como signo y fuente de vida. Donde había agua, había vida. La acción de Dios se representaba como un manantial que da vida.

El agua, símbolo de vida, otorga la salud en ciertas circunstancias. Hay un hombre que no puede ser curado de su enfermedad porque nadie le ayuda a meterse en el agua medicinal. Y es Jesús, que tiene mayor poder medicinal que las mismas aguas, quien le concede la salud.

El enfermo, que ha sido curado por la Palabra de Jesús, **cree** en Él, **acepta** su palabra y le **defiende** frente a sus enemigos los fariseos.

Con la salud concedida al enfermo, Jesús le hace una seria advertencia: no peques más no sea que te ocurra algo peor.

Y es que el pecado (mal del alma, mal moral) es peor que la enfermedad (mal del cuerpo, mal físico). Jesús lucha contra ambos males.

Miércoles, 9 de marzo de 2005

Jn 5, 17-30

Dijo Jesús a los judíos: "Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo". Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: "Os lo aseguro: El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió. Os lo aseguro: Quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida, y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió".

EL QUE CREE, TIENE LA VIDA DIOS EN ÉL. Sería ingenuo pensar que Dios abandona al hombre. Es el hombre quien huye de Dios en numerosas ocasiones.

Pero Dios le sigue llamando y le sigue amando. Es el mismo Dios quien afirma que no nos abandona. Y que la misma naturaleza se pondrá al servicio de quienes sean fieles a Dios.

Las cosas sencillas son las que más nos sorprenden en Dios. No nos sorprende que sea inmensamente sabio, poderoso o creador.

Sorprende el que sea "Padre nuestro", el que sea amigos nuestro. Esta es su grandeza para nosotros. Por otra parte, nuestra grandeza no consiste en hacer milagros o cosas extraordinarias, sino en aceptar a Dios como "padre" y no quebrar su "amistad". La aceptación de Jesús como Hijo de Dios y nuestra voluntad de acoger las exigencias de la fe, hace que tengamos la vida de Dios en nosotros.

Jueves, 10 de marzo de 2005

Jn 5, 31-47

Dijo Jesús a los judíos: "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisísteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?".

JESÚS ES NUESTRO MEDIADOR Y NOS ALCANZA EL PERDÓN. Cuando los hombres se olvidan de Dios, necesitan inventarse otros "dioses". La superstición desplaza y sustituye la fe.

La voluntad de Dios queda suplantada por el capricho de los hombres que suscitan "dioses" a medida de sus deseos.

De ahí la necesidad de profetas, enviados de Dios. Nos recuerdan la bondad de Dios y, también, su perdón para nuestras veleidades.

Si el pueblo de Israel fue muy rebelde a la voluntad de Dios, ahora sucede lo mismo. Se margina a Dios y se le sustituye por otros "dioses", por otros "ídolos" a los que se adora.

Es Jesús, por ello, quien dice que si no queremos ir a Él, si no le acogemos, no será Él quien nos acuse, sino que lo hará el Evangelio que nosotros conocemos. El Evangelio nos acusará de infidelidad para con Dios. Jesús es nuestro Mediador ante Dios Padre al igual que Moisés fue el mediador del pueblo de Israel.

Por medio de Jesús alcanzamos el perdón y la salvación.

Viernes, 11 de marzo de 2005

Jn 7, 1-2. 10. 25-30

Recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas. Después que sus primeros parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió el también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: "¿No es éste el que intentan matar? Pues mirad como habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene". Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: "A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ése vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha envidado". Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

LOS JUSTOS ESTORBAN, PERO DIOS ESTÁ CON ELLOS. Una conducta equilibrada y justa siempre choca con el comportamiento alborotado e injusto de muchas personas.

Practicar con fidelidad el Evangelio de Jesús siempre resulta chocante. Jesús anunció repetidas veces, tal como traduce San Pablo, que **quien quiera vivir como cristiano tendrá que sufrir persecución.**

Jesús la sufrió y así se lo hizo saber a sus amigos. Pero también ha afirmado que Dios está de parte de quienes le son fieles.

Es seguro que la voluntad de Dios es la que se cumple, aunque los hombres le pongamos tropiezos. Así le pasó a Jesús con los judíos.

Dios protege a quien camina por sendas rectas para defenderle de las trampas y obstáculos que le pongan los enemigos.

Sábado, 12 de marzo de 2005

Jn 7, 40-53

Algunos de entre la gente, que habían oído que los discursos de Jesús, decían: "Éste es de verdad el profeta". Otros decían: "Éste es el Mesías". Pero otros decían: "¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?" Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: "¿Por qué no lo habéis traído?". Los guardias respondieron: "Jamás ha hablado nadie como ese hombre". Los fariseos les replicaron: "¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos". Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: "¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?". Ellos le replicaron: "¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas". Y se volvieron cada uno a su casa.

LA ACTUACIÓN DE JESÚS PROVOCA SENTENCIA DE MUERTE. Jesús está dando sus últimas enseñanzas y se manifiesta abiertamente poseedor y dador del Espíritu. De ahí dice que brotarán ríos de agua viva en aquel que crea en Él.

De este modo, el mensaje mesiánico es ofrecido claramente por Jesús. La respuesta de los oyentes se divide, como sucedió en otras ocasiones cuando les proponía alguna doctrina difícil de entender.

El Señor ofrece la vida para quienes reciben su mensaje salvador y la muerte para quienes lo rechacen.

Aunque la guardia del templo está presente, no llegan a detenerle porque "todavía no ha llegado la hora decisiva".

Domingo, 13 de marzo de 2005*Jn 11, 1-45*

Un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo: "Señor, tu amigo está enfermo". Jesús, al oírlo, dijo: "Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: "Vamos otra vez a Judea". Los discípulos le replican: "Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí?". Jesús contestó: "¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque le falta la luz". Dicho esto, añadió: "Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo". Entonces le dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, se salvará". Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les replicó claramente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa". Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: "Vamos también nosotros y muramos con él". Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania estaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María, para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá". Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta respondió: "Sé que resucitará en la resurrección del último día". Jesús le dice: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?". Ella le contestó: "Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo". Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: "El Maestro está ahí y te llama". Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos, que estaban con ella en casa, consolándola, al ver que María se levantaba y salía deprisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano".

Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó: "¿Dónde lo habéis enterrado?". Le contestaron: "Señor, ven a verlo". Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: "¡Cómo lo quería!". Pero algunos dijeron: "Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?". Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: "Quitad la losa". Marta, la hermana del muerto, le dice: "Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días". Jesús le dice: "¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?". Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado". Y dicho esto, gritó con voz potente: "Lázaro, ven afuera". El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: "Desatadlo y dejadlo andar". Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él.

SI CREES, VIVIRÁS. El relato de la resurrección de Lázaro nos vuelve a recordad uno de los rasgos más sorprendentes de Dios: en Jesús, Dios se nos ha hecho particularmente cercano, tan sensible a nuestro dolor como para sufrirlo con nosotros, tan próximo a nuestra necesidad que aproxima la salvación a quien se acerca. Un Dios así merece, sin duda, nuestra fe, y alienta nuestra esperanza.

Tenemos un Dios capaz de tener amigos. Es lo primero que nos indica el Evangelio: las hermanas de Lázaro mandaron buscar a Jesús con el recado de que su amigo estaba enfermo.

Aprendamos hoy de esta familia amiga de Jesús a acudir a Él, cuando la enfermedad temida o la temida muerte ronde nuestros lares; suframos sin desesperar de Él, cuando retrase su venida y la salvación que esperábamos; y creamos que sólo Él, el amigo fiel, es también y sobre todo la vida y la resurrección que necesitamos.

De esta forma, nuestro amor por Él vencerá nuestra muerte. Dios nos ha hecho posible creer en Él y serle amigo; la fe que nos exige podemos vivirla como verdadera amistad, cualquier cosa que nos suceda, muerte incluida, no nos separará del amor y de la fidelidad que Dios nos ha mostrado en Jesús: poder tener a Dios como amigo nos asegura contar con la vida como futuro. Si realmente nos lo creemos, demos testimonio de ello. Es lo que Dios espera de sus amigos.

Lunes, 14 de marzo de 2005*Jn 8, 12-20*

Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?". Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra". E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más".

Esto dijo Jesús en una ocasión: "No he venido a abolir a Ley, sino a elevarla a la perfección" (Mt 5, 17). En la ley, la de Moisés, prevalece el rigor de la justicia; en la de Cristo, la fuerza del amor. Por eso podía decir, y dijo, que no había venido a juzgar al mundo sino a salvarlo. No hay otra manera correcta de entender la misión de Cristo, el Hijo de Dios, el enviado por el Padre y desde el Padre a este mundo de pecado.

Su presencia se perpetúa entre nosotros en la Iglesia, que es su cuerpo, y se perpetuará hasta el fin de los tiempos. Su nombre, hoy como ayer y como siempre, es Jesús, el Salvador. Todo hombre será llamado a la salvación.

Martes, 15 de marzo de 2005*Jn 8, 21-30*

Dijo Jesús a los fariseos: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Y los judíos comentaban: "¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros"?". Y él continuaba: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Ellos le decían: "¿Quién eres tú?". Jesús les contestó: "Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo

comunico al mundo lo que he aprendido de él". Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: "Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que soy yo, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

Los fariseos preguntaron a Jesús, ¿quién eres tú? La misma pregunta se le ha hecho y se le sigue haciendo por el hombre de ayer y de hoy. ¡La cosa tiene gracia! El Evangelio en sus cuatro versiones no es otra cosa que la respuesta a tan inquisidora pregunta. En él, Jesús se retrata por dentro y por fuera, nos dice cómo es y cómo piensa; que espera y que no espera de los hombres; quien le envió a este mundo y para que. Sin embargo todavía seguimos pidiéndole su carnet de identidad. ¿No será que todavía no hemos leído el Evangelio? Este puede ser nuestro pecado. Habría que preguntar a todos aquellos que se proclaman ateos o agnósticos si se han tomado la molestia de dedicar unas horas de su vida a la lectura del mismo.

Miércoles, 16 de marzo de 2005

Jn 8, 31-42

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: "Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Le replicaron: "Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?"". Jesús les contestó: "os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre". Ellos replicaron: "Nuestro padre es Abrahán". Jesús les dijo: "Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre". Le replicaron: "Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios". Jesús les contestó: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

"La verdad os hará libres". Y cabría añadir: la mentira os hará esclavos. Por supuesto que no es de este momento definir la verdad y la libertad, la mentira y la esclavitud. Damos fe al evangelio y

también se la damos a la experiencia personal. Nuestras esclavitudes van siempre de la mano de la mentira, la de hacer lo contrario de lo que se debe; nuestras libertades, por el contrario, van siempre codo con codo pegadas a la verdad, bueno; a la verdad y a la Verdad. ¡Seguro que me entiendes! Sí, sí, eso. Cristo es la Verdad, porque es el Verbo de Dios, la Palabra de Dios. Su misión en el mundo, la que el Padre le confió, no es otra que romper cadenas de esclavitud para devolver al hombre su libertad. Para un creyente la esclavitud tiene nombre propio: pecado. En él está la raíz más profunda de todas las esclavitudes.

Jueves, 17 de marzo de 2005

Jn 8, 51-59

Dijo Jesús a los judíos: "Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre". Los judíos le dijeron: "Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: "Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre"? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?". Jesús contestó: "Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: "No lo conozco" sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría". Los judíos le dijeron: "no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?". Jesús les dijo: "Os aseguro que antes que naciera Abrahán existo yo". Entonces agarraron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

Que Jesús fuera tenido por loco o endemoniado no me parece nada de extrañar. Sus palabras y su juicio sobre el hombre y la sociedad de su tiempo chocaban frontalmente contra el primero y contra la segunda. Decir que su palabra es medicina que libra de la muerte, que conoció a Abrahán, que podía levantar en tres días el templo de Jerusalén, si lo destruían, o que la fe de cualquier hombre o mujer podía trasladar montañas, era motivo más que justificado para tratarle de loco y ocupar una celda de un manicomio. Los hechos le dieron la razón y se la siguen dando todavía en el día de hoy. Pero parece ser que a los hombres nos sigue costando el arrancarle el sambenito de loco e impositor.

Viernes, 18 de marzo de 2005. Viernes de Dolores*Jn 10, 31-42*

Los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús: Él les replicó: "Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?". Los judíos le contestaron: "No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios". Jesús les replicó: "¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre". Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: "Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad". Y muchos creyeron en él allí.

Por los frutos se conoce el árbol, y por las obras se conoce al hombre, y también a Dios. Es evangelio puro lo que queda afirmado. Al Evangelio el hombre sólo puede responder amén. El árbol se cualifica por sus frutos buenos o malos, y el hombre, por sus obras buenas o malas, que son sus frutos. Obras buenas, hombre bueno: obras malas, hombre malo. Como Cristo es Dios, y en Dios no caben obras malas, cuando sus enemigos intentaron apedrearlo, sólo pudo decirles: ¿por cuál de mis obras buenas me apedreáis?

A Dios también se le conoce por sus obras. "El cielo proclama la gloria de Dios y el firmamento, la obra de sus manos", dice el salmo 18. Es lo mismo que se afirma en el cap. 13 del Libro de la Sabiduría.

Sábado, 19 de marzo de 2005. Sábado de Pasión*Mt 1, 16. 18-21. 24a*

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que

hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados". Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

San José tuvo y tiene un papel importantísimo en la economía de la redención humana. Es, nada más y nada menos, que el padre legal del Hijo de Dios y de María: el Redentor. Que el Evangelio lo califique de "justo" equivale a proclamar su santidad. En el lenguaje de la Biblia, justicia y santidad se corresponden. Sólo su santidad le pudo sacar airoso de su angustiosa situación ante el embarazo sorprendente de su esposa.

No se le ha dado mal patrono a la Iglesia Universal. También ella ha salido en el pasado y sale en el presente de tantas y tan difíciles pruebas en las que ha de demostrar su santidad y su capacidad de perdonar y de amar.

Domingo, 20 de marzo de 2005. Domingo de Ramos

Procesión

Mt 21, 1-11

Cuando se acercaba a Jerusalén y llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, Jesús mandó dos discípulos, diciéndoles: "Id a la aldea de enfrente, encontraréis en seguida una borrica atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto". Esto ocurrió para que se cumpliese lo que dijo el profeta: "Decid a la hija de Sión: "Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila"". Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás, gritaba: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!". Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba alborotada: "¿Quién es este?". La gente que venía con él decía: "Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea".

¡Bendito el que viene en nombre del Señor! El eco de aquel ¡hurra! todavía se escucha en los montes y valles del mundo de los creyentes en la liberación que le viene de Cristo. El enviado de Dios sigue siendo acogido y aclamado por unos, y sigue siendo ignorado y vilipendiado por otros. Aquí, como en todo, la historia se repite.

Veintiún siglos después de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, las cosas no han cambiado demasiado. Jesús no excluye a nadie de su reino, pero no todos lo aceptan. Así ocurre lo que el propio Jesús había vaticinado: "el que no está conmigo, está contra mí". Aquí no caben neutralismos posibles: o con Cristo, o militando en el bando contrario.

Misa

Mt, Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Jesús fue llevado ante Poncio Pilato, y el gobernador le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús respondió: "Tú lo dices". Y, mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los ancianos, no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó: "¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?". Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Había entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, les dijo Pilato: "¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?". Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y, mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: "no te metas con ese justo, porque esta noche he sufrido mucho soñando con él". Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó: "¿A cuál de los dos queréis que os suelte?". Ellos dijeron: "A Barrabás". Pilato les preguntó: "¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?". Contestaron todos: "Que lo crucifiquen". Pilato insistió: "Pues, ¿qué mal ha hecho?". Pero ellos gritaban más fuerte: "¡Que lo crucifiquen!". Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia de la multitud, diciendo: "Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!". Y el pueblo entero contestó: "¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!". Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda una compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él, diciendo: "¡Salve, rey de los judíos!". Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y, terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar. Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: "La calavera"), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa, echándola a suertes,

Palabra del Señor

y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de su cabeza colocaron un letrero con la acusación: "Éste es Jesús, el rey de los judíos". Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban lo injuriaban y decían, meneando la cabeza: "Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz". Los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también, diciendo: "A otros ha salvado, y él no se puede salvar. ¿No es el rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?". Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban. Desde el mediodía hasta la media tarde, vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó: "Elí, Elí, lamá sabaktaní" (Es decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"). Al oírlo, algunos de los que estaban por allí dijeron: "A Elías llama éste". Uno de ellos fue corriendo; en seguida, tomó una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio a beber. Los demás decían: "Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo". Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. Entonces, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron. Las tumbas se abrieron, y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que Él resucitó, salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: "Realmente éste era Hijo de Dios".

Si ha habido un juicio sin justicia en la historia de la humanidad, éste ha sido el juicio de Cristo. Contra la evidencia de inocencia, reconocida y proclamada por el propio Pilato, el juez de esta causa, se le condena a muerte por las presiones del fiscal, la chusma enloquecida, borracha de odio y sedienta de sangre inocente. "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Nada de extrañamiento que a su muerte el sol se oscureciera y la tierra se estremeciera de espanto. Aparentemente, el odio triunfó sobre el amor, la muerte sobre la vida. Así parece indicarlo el letrero que se puso sobre la cruz. No se tuvo en cuenta lo que Jesús había profetizado. "Cuando yo sea izado en la cruz atraeré hacia mí todas la miradas". Al fin la vida venció a la muerte, y el amor, al odio.

Lunes, 21 de marzo de 2005. Lunes Santo

Jn 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una

cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: "¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?". Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que le iban echando. Jesús dijo: "Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis".

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

La entrañable escena de Betania sucedió "seis días antes de la Pascua" y por eso precisamente se lee hoy. La Pascua es la celebración de la muerte y Resurrección de Jesús.

La queja de Judas sirve para señalar la intención del gesto simbólico de la unción de los pies de Jesús. Jesús es consciente de que su fin se precipita e interpreta el gesto de María como "una unción anticipada" que presagia su muerte y sepultura.

La muerte de Jesús ya se ve cercana. Además, sus enemigos deciden matar también a Lázaro, su amigo, a quien Jesús había resucitado de la muerte.

Ayer, Domingo de Ramos, celebrábamos con Jesús su entrada triunfante en Jerusalén, aclamado como el Rey, Mesías y Salvador de los hombres. Con gesto decidido asume sobre sus hombros el destino que nos hubiera correspondido a nosotros. El Siervo de Dios, anunciado por el profeta Isaías, camina hacia la muerte. Con unción previa incluida.

Martes, 22 de marzo de 2005. Martes Santo

Jn 13, 21-33. 36-38

Jesús, profundamente conmovido, dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón

Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: "Señor, ¿quién es?". Le contestó Jesús: "Aquel a quien yo le de este trozo de pan untado". Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: "Lo que tienes que hacer hazlo en seguida". Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"". Simón Pedro le dijo: "Señor, ¿adónde vas?". Jesús le respondió: "A donde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde". Pedro replicó: "Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti". Jesús le contestó: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

Judas Iscariote ha pasado a la historia como "prototipo" de traidor. ¿Es justa esa apreciación?

- Judas es introducido en el Evangelio de la mano de Jesús con un gesto de verdadera predilección y amistad: "Subió al monte y llamó a los que Él quiso..., instituyó a Doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 13-19).

- Los evangelios, escritos después de la muerte y Resurrección de Jesús, cargan un poco las tintas en su figura -consumada ya la traición-.

¿Pero por qué eligió Jesús a Judas? ¿Para que lo traicionara? ¡No! ¿Qué ocurrió entonces, para que este hombre ilusionado, sin duda, con Jesús, acabara entregándole a la autoridad judía? El seguimiento de Jesús por parte de Judas pasó del entusiasmo a la decepción y esta acabó imponiéndose: "No era este el Mesías en que había soñado".

- Jesús trató en el último momento de recuperarle. Por eso le lavó los pies como a los otros apóstoles. La traición es el resultado de una ilusión frustrada.

Miércoles, 23 de marzo de 2005. Miércoles Santo*Mt 26, 14-25*

Uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: "¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?". Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?". Él contestó: "Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"". Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: "¿Soy yo acaso, Señor?". Él respondió: "El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido". Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: "¿Soy yo acaso, Maestro?". El respondió: "Tú lo has dicho".

Jesús elige el marco de la antigua Pascua para instituir la Nueva: la Sagrada Eucaristía.

- La primera Pascua judía se celebró la noche en que el pueblo judío fue sacado de Egipto, se narra en Ex 13, 1ss. Debía celebrarse todos los años. Consistía en la de un cordero macho e inmaculado con pan ázimo y lechuga silvestre y acompañado de diversos ritos y libaciones. El Cordero Pascual es figura de Cristo y la Eucaristía, como siempre ha sentido la Iglesia.

- Los discípulos cumplen el encargo de Jesús y preparan el local y las viandas necesarias para la Cena. Al inicio de la cena, Jesús indica la peculiaridad del momento que les reúne: "Con gran deseo he deseado cenar esta Pascua con vosotros antes de padecer" (Lc 22, 15). Jesús sabe que le quedan pocas horas para que todo se cumpla. El corazón de Cristo está a presión. Está a punto de dejarnos la más preciosa prenda de su amor: el sacramento de la Sagrada Eucaristía.

Sin embargo, los apóstoles, ajenos a esta situación, se enzarzan en una disputa sobre "quien había de ser tenido por mayor" (Lc 22, 24), ocasionada quizá por su deseo de ocupar un puesto de preeminencia, lo más cercano al Señor.

Jueves, 24 de marzo de 2005. Jueves Santo*Jn 13, 1-15*

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándolos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: "Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?". Jesús le replicó: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo". Simón Pedro le dijo: "Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos". Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios". Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis".

San Juan, en este texto, no narra la institución de la Eucaristía, quizá por estar descrita en los otros evangelistas. En la Segunda lectura de la liturgia del día se lee un texto de San Pablo que recoge la Nueva Pascua – la institución de la Eucaristía.

El lavatorio de los pies realizado por Jesús en la última Cena es un complemento de la Eucaristía y un signo que distingue al discípulo de Cristo.

En la tarde del Jueves Santo, Jesús amó a sus discípulos como nunca, les abrió de par en para su corazón. Una de las manifestaciones de ese amor fue el lavatorio. Estaba reservado para los criados. Fue una lección magistral del Maestro a sus discípulos.

Se los había dicho de muchas maneras. Les había dicho que el Hijo del hombre no había venido a ser servido sino a servir. En la misma

tarde de la Cena, cuando los discípulos rivalizaban por la primacía de los primeros puestos..., Jesús les reprende y les habla de la humildad y el servicio: "Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc 22, 27), como el "diáconos" –es la palabra griega–, como el esclavo.

- Y para que la lección les entrara por los ojos y sentidos, para que no tuvieran dudas, para que les quedara bien grabada la enseñanza, se puso a lavar los pies a los suyos. A Pedro le parece indigno que su Señor y Maestro le quisiera lavar los pies a él, ¡pobre pecador! Entendemos muy bien la reacción de Pedro: ¡Ni hablar! "Tú no me lavarás los pies jamás".

Este ejemplo de Jesús nos produce vértigo. Dios ha bajado del cielo para lavarnos los pies. Se ha hecho nuestro esclavo.

¡Es problema de amor! ¡Seamos agradecidos!

Viernes, 25 de marzo de 2005. Viernes Santo

Jn 18, 1-19, 42: Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?". Le contestaron: "A Jesús, el Nazareno". Les dijo Jesús: "Yo soy". Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: "Yo soy", retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: "¿A quién buscáis?". Ellos dijeron: "A Jesús, el Nazareno". Jesús contestó: "Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos". Y así se cumplió lo que había dicho: "No he perdido a ninguno de los que me diste". Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: "Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi padre, ¿no lo voy a beber?".

Llevaron a Jesús ante Anás y Caifás

La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo". Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era

conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que había de portera dijo entonces a Pedro: "¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?". Él dijo: "No lo soy". Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó: "Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo". Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así contestas al sumo sacerdote?". Jesús respondió: "Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?". Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: "¿No eres también de sus discípulos?". Él lo negó, diciendo: "No lo soy". Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: "¿No te he visto yo con él en el huerto?". Pedro volvió a negar, y en seguida cantó un gallo.

Mi reino no es de este mundo

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era al amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato fuera, adonde estaban ellos, y dijo: "¿Qué acusación presentáis contra este hombre?". Le contestaron: "Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley". Los judíos le dijeron: "No estamos autorizados para dar muerte a nadie". Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús le contestó: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?". Pilato replicó: "¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?". Jesús le contestó: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí". Pilato le dijo: "Conque, ¿tú eres rey?". Jesús le contestó: "Tú lo dices: soy rey. Yo para estoy he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz". Pilato le dijo: "Y, ¿qué es la verdad?". Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él ninguna

culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?”. Volvieron a gritar: “A ése no, a Barrabás”. El tal Barrabás era un bandido.

¡Salve, rey de los judíos! ¡Crucifícalo!

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: “¡Salve, rey de los judíos!”. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: “Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa”. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: “Aquí lo tenéis”. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”. Pilato les dijo: “Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él”. Los judíos le contestaron: “Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios”. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: “¿De dónde eres tú?”. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?”. Jesús le contestó: “No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor”.

Desde este momento, Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: “Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César”. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman “el Enlosado” (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: “Aquí tenéis a vuestro rey”. Ellos gritaron: “¡Fuera, fuera; crucifícalo!”. Pilato les dijo: “¿A vuestro rey voy a crucificar?”. Contestaban los sumos sacerdotes: “No tenemos más rey que el César”. Entonces lo entregó para que lo crucificaran.

Lo crucificaron, y con él a otros dos

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado “de la Calavera” (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: “Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos”. Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: “No escribas: “El rey de los

judíos”, sino: “Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos””. Pilato les contestó: “Lo escrito, escrito está”.

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba a abajo. Y se dijeron: “No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca”. Así se cumplió la Escritura: “Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica”. Esto hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: **“Mujer, ahí tienes a tu hijo”**. Luego, dijo al discípulo: **“Ahí tienes a tu Madre”**. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: **“Tengo sed”**. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: **“Está cumplido”**. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Y al punto salió sangre y agua

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto, salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que atravesaron”.

Vendaron todo el cuerpo de Jesús, con los aromas

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbraba a enterrar a los judíos. Había un huerto en el sitio

donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

La Cena del Señor que celebramos ayer culmina hoy en la Pasión de Cristo, en el sacrificio de la Cruz.

Juan termina su relato con las palabras del profeta Zacarías: "mirarán al que atravesaron". Nosotros estamos hoy mirando impresionados a ese Cristo clavado en la cruz. Es el mismo a quien Pilato ha presentado al pueblo diciendo: "ahí tenéis al hombre" ("ecce homo"). Ahí está: perseguido como un criminal, calumniado, torturado física y moralmente, muerto.

Las lecturas de la celebración nos presentan la teología del dolor de Cristo. Es el Siervo que ha cargado sobre sus hombros el mal de toda la humanidad. Es el Enviado por Dios para salvarnos, aunque "con gritos de lágrimas deseara ser librado de la muerte". Jesús obedeció hasta el final, experimentando en sí mismo todo el dolor que puede sufrir una persona.

Dios nos salva asumiendo él con su propio dolor el desfase que se da entre su plan salvador y nuestra debilidad (Juan Pablo II, "Salvifici dolori", 1984).

En la cruz de Cristo se puede decir que están representados todos los que han sufrido antes y después de él: los que son tratados injustamente, los enfermos y desvalidos, los que no han tenido suerte en la vida, los que sufren los horrores de la guerra o el hambre o la soledad, los crucificados de mil maneras. También en nuestro caso el dolor, como el de Cristo, tiene valor salvífico.

Dios no está ajeno a nuestra historia. No es un Dios inaccesible, impasible. Por medio de su Hijo ha querido experimentar lo que es sufrir, llorar y morir.

Nos ha salvado desde dentro. Cristo no sólo ha sufrido por nosotros, sino con nosotros y como nosotros. Ha asumido nuestro dolor.

- Quizá aquí podamos encontrar luz para iluminar la realidad del mal y del pecado en el mundo. ¿Por qué el mal? ¿Por qué el dolor del inocente? ¿Por qué la muerte? Y Dios calla.

- Con el ejemplo de Jesucristo tenemos motivos para aceptar en nuestras vidas el misterio del dolor y del mal.

Domingo, 27 de marzo de 2005. Resurrección.***Vigilia Pascual****Mt 28, 1-10*

En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló al as mujeres. "Vosotras, no temáis; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis". Mirad, os lo he anunciado". Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: "Alegraos". Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: "No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán".

Misa del día de Pascua*Jn 20, 1-9*

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto". Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

El Viernes Santo no celebramos sólo la cruz. Celebramos la totalidad del Misterio Pascual. Como en un primer movimiento sinfónico, contemplamos la muerte en cruz, pero mirando hacia la Resurrección.

Ese Cristo muerto en la cruz resucitará por el poder de Dios, y el destino de gloria que le espera a él es también el que nos espera a nosotros. Así lo cantamos en el momento de la adoración de la cruz: "tu cruz adoramos, Señor, y tu santa Resurrección alabamos y glorificamos". Por el madero ha venido la alegría al mundo. "Victoria, tu reinarás...".

El Sábado Santa es día de oración y silencio, en torno al sepulcro del Señor. En la Vigilia Pascual suena con fuerza el "Aleluya" de Andel, vibrante y emocionado. ¡El Señor ha resucitado! ¡Ha vencido a la muerte!

Mateo subraya que sucedió "el primer día de la semana". Empieza no sólo una nueva semana, sino una nueva época: desde ahora ese "primer día de la semana" va a ser "el día del Señor", el "domingo", que va a marcar el tiempo de todas las generaciones.

A las mujeres que van con aromas al sepulcro y lo encuentran vacío, el misterioso ángel del Señor les dice: "no temáis: ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ha resucitado". Las mujeres presurosas van a anunciarlo a los apóstoles, pero en el camino les sale al encuentro el mismo Señor: "no tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos...".

En un mundo lleno de noticias preocupantes, que nos inclinan al desánimo, en medio de una sociedad indiferente que tal vez piensa en estos días más en las vacaciones que en la Pascua del Señor, nosotros escuchamos con gozo la Buena Noticia de la Resurrección de Cristo Jesús.

Las mujeres fueron a buscarle al sepulcro entre los muertos. Pero el Espíritu de Dios lo había sacado de ahí definitivamente. Ahora, dos mil años después, sigue vivo y presente, aunque no le veamos, dando ánimos a su comunidad.

Este es el acontecimiento que da sentido a nuestra fe. Si somos cristianos es por eso, porque Cristo no se quedó en el sepulcro, sino que la fuerza de Dios lo hizo pasar a una nueva existencia, en la que está para siempre.

Desde ese nuevo existir se hace presente continuamente, sobre todo en la Eucaristía. Es la noticia –un "credo" abreviado y rotundo–.

¡Enhorabuena, Jesús!, ¡felicidades, Señor!